



# Alejandro Palomas Un perro



DESTINO

# Un perro

Alejandro  
Palomas

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1354

© Alejandro Palomas, 2016

© Editorial Planeta, S. A. (2016)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: enero de 2016

ISBN: 978-84-233-5022-3

Depósito legal: B. 28.373-2015

Impreso por Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# I

Mamá había dicho que ella misma compraría las flores, pero con tanto ajetreo y tantos nervios por la visita de Hermione se le ha olvidado pasar por la floristería y al final ha comprado unas flores de cerezo de plástico en el chino. Luego, poco antes de la merienda, las ha mezclado con las ramas que arranca todas las semanas de los arbustos de la plaza y que mete en uno de esos jarrones holandeses de porcelana blanca que parecen un Sputnik. Ahora se recoloca el trapo con hielo que le cubre el codo, evitándome la mirada.

—Pero, Fer... —balbucea con voz de disculpa al tiempo que una familia (el padre y la madre morenos, las tres niñas rubias y vestidas igual) pasa en bicicleta por delante de la cristalera y desaparece pedaleando calle abajo. Cuando va a completar la frase, la camarera, una chica pelirroja con el pelo recogido en un moño, *piercings* en el labio y top de tirantes, nos mira desde la barra con cara de preocupación y pregunta, dirigiéndose a mamá:

—¿Mejoras, señora?

Mamá se vuelve y sonríe.

—Sí, hija, gracias —responde, tocándose el brazo—. Parece que duele menos.

La chica asiente.

—Cuando se deshaga el hielo, dime y cambias.

Hace unos minutos, cuando mamá pasaba por delante de la cafetería, Shirley me ha oido desde la puerta abierta, se ha soltado de un tirón y, arrastrando tras de sí la correa, ha entrado ladrando como una loca, echándose en mis brazos y cubriéndome de latigazos. Mamá se ha quedado parada en la entrada, sin entender. Luego ha asomado la cabeza y, en cuanto ha visto a Shirley en mi regazo, se le ha iluminado la cara y ha entrado. Llevaba el bolso de tela raída agarrado con una mano como si llevara un pollo cogido por las patas y una de esas bolsas de plástico duro que venden en los supermercados colgada del hombro y llena de cosas que ni siquiera ahora alcanzo a ver, así que no ha calculado bien y se ha tropezado con el escalón, derrumbándose sobre codos y rodillas con un golpe sordo que a mí me ha erizado el vello y que la camarera ha recibido con un grito de espanto y una retahíla de cosas en una lengua que no he entendido.

Enseguida la hemos ayudado a levantarse, la hemos traído hasta la mesa y luego la chica ha vuelto con un poco de agua y unos trapos con hielo que, a pesar de las protestas de mamá, le ha enrollado a las rodillas y a los codos. Y así estamos ahora, recuperándonos del susto, ella con sus trapos, sus hielos y sus dos bolsas aparcadas junto a las piernas y yo sin perder de vista la pantalla del móvil que tengo encima de la mesa.

Fuera, la lluvia ha cesado hace un rato y un viento caliente barre las nubes, arrancando del cielo una luz limpia que ya no esperábamos. Desde la calle vuelve a colarse, por primera vez en días, el olor a verano.

Barcelona. Hoy es 21 de junio.

—Pero, Fer... —vuelve a decir mamá, frunciendo el ceño y entrecerrando los ojos, con cara de niña pillada en falta.

—«Pero, Fer» nada, mamá —la corto—. Cuántas veces te hemos dicho que tienes que dejarte siempre una mano libre para que, si te caes, puedas apoyarte.

—Ya, hijo, ya.

—No, «ya», no, mamá. —Estoy rabioso, pero sobre todo muy asustado después de verla en el suelo como la he visto—. Es que siempre estamos igual. Nunca haces caso. Lo que no entiendo es cómo no te has roto nada todavía, con la de golpes que te das y la de veces que terminas en el suelo.

Arruga el morro y pone los ojos en blanco. Esta es una conversación que hemos tenido tantas veces en los últimos meses que en realidad sé que debería ahorrármela, porque mamá hace lo que le da la gana en cuanto no la vemos, desoyendo consejos, advertencias y amenazas. Con ella no sirve nada, solo la paciencia y rezar, rezar mucho para que, si finalmente termina ocurriéndole algo grave, ese algo tenga solución. Lo demás es inútil.

Ahora está con las orejas gachas. Sabe que ha actuado mal y que estoy enfadado, así que guardamos silencio, cada uno atrincherado en su orilla de la

mesa. Pero mamá no es muy amiga de los silencios ni de las tensiones, y menos cuando acaba de hacer una de las suyas. Si la intuición no me falla, no va a tardar en inventarse algo para intentar despistarme y que la perdone.

—¿Sabes una cosa? —dice como si me hubiera oído, con esa voz que pone siempre que estamos solos los dos y saca a la Amalia de «vamos a jugar a las confidencias ahora que tus hermanas no nos oyen, hijo».

—No.

Se toca el trapo con hielo de la rodilla izquierda. Al apartárselo, veo que le está empezando a salir un moratón enorme y siento un pinchazo en la garganta, pero me contengo, porque tengo tantas ganas de estrangularla y de volver a echarle la bronca que sé que este no es el mejor momento para hablar.

—Pues que en la esquina de la plaza, la de al lado del colegio, han abierto una tienda de móviles de esos que a ti te gustan —dice—. Con *aipocs* y *aitracs* y *feisbuks* y todas esas cosas, ya sabes...

No la miro. Empieza el despiste y la Operación Ablandar a Fer. Como yo no respondo, ella espera un poco antes de atacar de nuevo y suelta un suspiro de madre desatendida tan dramático que hasta Shirley levanta la cabeza. Luego otro. Y otro más.

—El chico de la tienda es tan encantador...

—Vuelve a la carga.

Silencio.

—Y tan guapo...

Silencio. Paso el dedo por la pantalla del iPhone y la pantalla se ilumina. Es un gesto automático y cada

vez más frecuente desde que ha ocurrido lo que ha ocurrido y estoy sentado a esta mesa, esperando unas noticias que no llegan.

—Y además creo que es un poco... gay —dice mamá, que sigue a lo suyo. Luego se agacha, hurga en su bolsa pequeña y saca una libreta amarilla que siempre la acompaña y que nunca nos enseña. Es una de esas libretas de anillas del chino, que ella atesora como si estuviera llena de secretos y en la que apunta cosas de vez en cuando.

Ahora el que suspira soy yo. Este inicio de conversación es otro de los que se repiten entre nosotros desde hace tiempo. Ella ve hombres guapos, gais y posibles novios para mí por donde pisa, pero su ojo es el que es y su realidad, también.

—A lo mejor te gustaría, cielo —insiste, ignorando mi silencio, anotando algo en la libreta con el boli, que vuelve a insertar en el hueco de la espiral, y mirándome de reojo.

Ni siquiera le contesto.

—Es así... un poco como George Clooney, pero más bajito y más... cómo te diría... humm... orgánico. Eso es, sí: muy orgánico.

«Orgánico.» A pesar de todo, del susto que me he llevado al verla en el suelo y de la tensión que tengo acumulada después de lo que ha ocurrido con R, no puedo disimular una sonrisa. «Orgánico» es, en boca de mamá, la palabra del mes, y sin duda va a convertirse también en la del verano. Mamá aderezá con ella todas las ensaladas, porque no se ha preocupado por entender lo que significa realmente y cree que combina bien con todo lo que le viene a la cabeza. La

culpa es de Silvia, que desde hace un tiempo ha convertido en «orgánico» lo que antes era «fenomenal», y mamá, que es una esponja para lo que quiere, la ha adoptado y la suelta sin ton ni son donde cree que puede encajarla. Así, un día te cuenta al teléfono que «la película de anoche fue tan orgánica...», o que su amiga Ingrid «se ha comprado unos sujetadores muy orgánicos, de esos que no dejan marca y te levantan las... cosas».

Cuando le he visto a mamá los trapos en codo y rodillas y el corte de la barbilla, me han vuelto las ganas de matarla por tozuda y por esa cosa de niña malcriada de setenta años que nos está volviendo locos a Silvia, a Emma y a mí. Pero ha vuelto también el pánico a perderla, a que, en una de estas, pase algo y pase de verdad y, como siempre que eso ocurre, enseguida he apartado la idea de mi mente, porque es impensable. Imaginarme —imaginarnos— sin ella, no, y menos hoy, con lo que ha pasado.

En cuanto me he encontrado con la cara de abuelita inocente que pone cuando hace de las suyas y quiere engatusarme para que la perdone, he tenido que morderme el labio para no sonreír.

—Mamá —le digo por fin—: ese... «chico» debe de tener unos sesenta años, es padre de seis hijos, abuelo de dos y además es «paqui».

Me mira con cara de incredulidad y se frota el rasguño con los dedos.

—¿Pa... qui?

—Sí.

Se queda un rato en silencio, barruntando algo, y luego dice:

—¿«Paqui» como de... «Paquita»?

Intento no reírme, pero no me es nada fácil, porque, aunque cueste creerlo, mamá lo pregunta en serio. Mientras yo intento no ceder y mantenerme en mis trece, ella aprovecha el paréntesis y mueve pieza desde su peculiar lógica de «Amalia a la fuga».

—¿Entonces es transgénico? O sea, ¿operado?

—Me mira con cara de no entenderlo—. Pero no puede ser, Fer. Si dices que tiene seis hijos y dos nietos, los habrá sacado de alguna parte, ¿no? —De repente abre mucho los ojos, como si acabara de entender, y dice—: Oh, a lo mejor son adoptados, como Shirley —remata, agachándose para darle un beso a Shirley en la cabeza.

—Mamá, deja de decir burradas, ¿quieres? —le suelto, pero se me escapa la risa y a ella se le ilumina la poca vista que tiene porque sabe que ha ganado la batalla—. «Paqui» es de «paquistaní», no de «Paquita».

Chasquea la lengua y niega con la cabeza. Está más cómoda y más crecida porque me tiene en la conversación. Me ha recuperado y estoy donde quería tenerme. Es ahora cuando se pone peligrosa.

—Pues será «paqui», pero solo de bisabuelos o algo, porque los «paquis» llevan esas tartas enrolladas en la cabeza, ¿sabes? Y este es clarito y flaquito, con sus chanclas de lona y su polito de marca. A mí me parece una monada, la verdad.

—Ya —le digo, volviendo a mirar la pantalla del móvil y pasando el dedo por el plástico—. A lo mejor es que a ti cualquier hombre que no lleve a una mujer al lado te parece una monada.

—No es verdad —se defiende con un mohín de fastidio, volviendo a abrir la libreta y anotando algo muy brevemente—. Solo intento ayudar, Fer. Y lo sabes.

—Ya, mamá. Pero es que yo no necesito ayuda.

—Es verdad —declara—. Lo que tú necesitas es un novio. Y si es veterinario, mejor. Ya lo sabes.

No digo nada. Sé que si le sigo la corriente no terminaremos nunca con esto y derivaremos a otra de las conversaciones que se repiten periódicamente entre los dos sobre mi soledad y su obsesión por ponerle remedio, pero no me siento con fuerzas para tanto. En cuanto me aparto de la conversación y vuelvo a esta espera interminable que me ha traído a la cafetería y que me tiene en este estado de tensión en el que mamá parece no haber reparado, siento que una oleada de angustia me pega a la silla y me comprime el pecho. Por un momento estoy tentado de no decir nada más y concentrarme en lo mío, pero sé que, si freno ahora, a mamá tendrá que sacarle otro tema para que no piense. No puedo dejarla pensar. Si lo hago, no tardará en atar cabos y sabrá que nuestro encuentro no tendría que haber sido, que yo no tendría que estar aquí, y menos así.

Pero estoy torpe y la torpeza me vuelve lento. En el silencio que sigue, durante los instantes en los que intento inventarme algo con lo que entretenerla y ser yo quien la despiste, un resorte en la memoria reciente de mamá se activa de improviso, devolviéndole la misma perplejidad que ha sentido cuando hace unos minutos me ha visto desde la puerta, antes de caerse.

Entonces frunce el ceño, buscando la pieza que le falta al rompecabezas que ella ya había registrado y, antes de que yo pueda volver a hablar, se vuelve hacia mí y hace la primera de las dos preguntas que llevo temiendo desde que la he visto pasar con Shirley por delante de la cristalera.

Sé cuál es la pregunta antes de oírla.

Y me preparo para responder.